

mas soberbios. Encerrados tras aquellas montañas inaccesibles, en lo profundo de valles dormidos bajo las nieves en la estacion fria, dentro de la naturaleza misma encontraban los fuertes y contrafuertes que oponer al movimiento y desarrollo de las ideas progresivas. Luego, aquella tenaz aristocracia, que mandaba en las cortes de extranjeros reyes y de soberanos pontífices las escoltas cercanas á sus sacratísimas personas, no queria renunciar ni al extraordinario lucro, ni al poder extraordinario contenidos en estos antiguos compromisos con los poderosos del mundo, que condenaba Zuinglio, manteniendo la devocion de Zurich, por la poderosa virtud de su palabra y la incontrastable influencia de su predicacion. Bien pronto fué á perturbarle en los senos mismos de este su refugio la reaccion implacable que no queria ceder á la virtud del progreso. Aquel célebre Eck, á quien ya hemos conocido en estas narraciones, audaz retador de Lutero, llegó en su exaltacion y en su fe á retar tambien á Zuinglio. A pesar de que rechazaba este con todas sus fuerzas el reto por creer imposible que cupiesen controversias sobre cosas tan claras como los textos sagrados, el pueblo ansioso de novedades y emociones se pronunció por el espiritual combate. Eck deseaba que se sostuviese tal torneo litúrgico en Baden y Zuinglio deseaba que se sostuviese allí donde él vivia, en Zurich. La ciudad donde le citaba su enemigo habia proscrito su persona, condenado su doctrina, quemado su efigie. Una muerte quizás segura le aguardaba en Baden, como la muerte de Huss y Praga en Constanza. Así es que invocando el derecho político vigente y la soberanía cantonal reconocida, aseveró que no cabia juicio sin posterior sentencia y que no cabia sentencia sin autoridad propia y jurisdiccional como la autoridad de su canton. Elevóse la cuestion á una grande altura, porque, aun admitido el principio de Zuinglio, sobre la jurisdiccion religiosa de poderes políticos, estaba el poder de la confederacion sobre el poder de los cantones. Y como en la confederacion habia muchos mas elementos católicos y antiguos que elementos revolucionarios y nuevos, no podia caber duda de ningun género sobre el resultado definitivo de tal pleito. Lucerna, Uri, Zug, Baden y dos ó tres cantones mas, estaban por la autoridad antigua; mientras Berna y otras poblaciones importantes indecisas estaban, y solo parecia resuelta y conforme con Zuinglio la ciudad de Zurich. Así, cuando creian los de Lucerna que el refor-

mador iria de grado á su seno, frotábanse las manos, regodeándose con la idea de arrancarle aquella cabeza que ideara la revolucion y la Reforma. Multitud de ciudadanos lucerneses pedian á su consejo la honra de ahorcar por sus propias manos á Zuinglio. En vano se ofrecian salvos-conductos; todos estaban en el secreto de que no podian ser observados. Así, el reformador no asistió á la conferencia. Inauguróse, no obstante su abstencion, el dia 21 de mayo de 1526. Dos discípulos del revolucionario sostuvieron las tesis de este. Y luego que se acabó la disputa, dió la confederacion un decreto lanzando de sus cátedras á todos cuantos clérigos predicasen en disconformidad con las doctrinas antiguas de la Iglesia. Y no contentos con esto, comprometíanse los doce cantones católicos á mantener la Eucaristía tal como la enseñaban tanto los dogmas como las tradiciones y á proscribir los escritos de Lutero y de Zuinglio. Esta resolucion dió momentáneo triunfo á Eck sobre sus contradictores, pero tambien derramó la guerra civil en Suiza.

Seguidamente las ciudades que parecian mas irresolutas se resolvieron á una con firmeza. Basilea, detenida en sus ímpetus y recortada en sus vuelos por la enervante doctrina de Erasmo, recibió á Ecolampadio con la proclamacion solemne de la Reforma. Berna combatió mucho en largas incertidumbres antes de abrazar la doctrina nueva, pero al fin la abrazó, movida de la elocuencia de Zuinglio que logró con su persuasion suspender la misa y arrancar los hábitos litúrgicos á los cuerpos de los sacerdotes ortodoxos. Las dos principales ciudades de Suiza, Berna y Zurich, unidas por la palabra del gran reformador, fundaron una liga de defensa. Bien pronto se unieron á ella cinco grandes ciudades tanto de Helvecia como de Alemania y hasta el soberano de Hesse. Para corroborar mas tal pensamiento y fortalecer mas tal propósito, Zuinglio tuvo la idea de fundar una confederacion estrecha, conocida en la historia con el nombre bien expresivo por cierto de la ciudad cristiana.

Dos ideas embargaban con verdadero embargo la mente de Zuinglio: primera, impulsar la Reforma, y segunda, impedir la guerra. Los talentos políticos que se adquieren ejercitando la libertad, brillan con luz nueva en estos esfuerzos del reformador por adelantar en las ideas y en las costumbres sin sufrir grandes sacudimientos. Así concibió una especie de tregua basada so-

bre estos dos principios: el reconocimiento de la soberanía de cada canton particular en materias religiosas, y en los cantones sometidos á varias autoridades el derecho de cada parroquia para pronunciarse por la revolucion ó mantenerse en la estabilidad. Tales ideas ocurrían al remedio de un mal gravísimo, al remedio de la fuerza inmensa que gozaban los elementos reaccionarios en la dieta y en la confederacion. A pesar de los buenos propósitos de Zuinglio y de la habilidad consumadísima que le daba su larga experiencia política, el arreglo chocaba con dificultades verdaderamente insuperables. Componíase la confederacion de cantones soberanos y de territorios sometidos. Y estos territorios sometidos dependían de ocho cantones soberanos. Mientras cada canton trataba por sí y ante sí de sus asuntos religiosos, no había medio de irle á la mano por la debilidad incurable del gobierno central. Pero en cuanto se trataba de los territorios sometidos á dos autoridades, á dos jurisdicciones, entraban conflictos difíciles de dirimir por otra solucion que las soluciones de fuerza. Así, los cantones católicos empezaron la persecucion sañuda en los territorios sometidos. Los innovadores fueron presos, apaleados, proscritos. Algunos predicadores se vieron detenidos al bajar de sus cátedras y maltratados con golpes é injurias. La barbarie llegó al extremo de arrancarles á varios de ellos la lengua. Aquí, una horca respondía á la predicacion; allá una hoguera devoraba en sus llamas á los apóstoles de la nueva doctrina convirtiéndoles en mártires. Conspiraciones horribles de los elementos reaccionarios se descubrían en los cantones protestantes. Llevóse por la reaccion en lucha tan léjos el odio á la libertad y á la democracia, que cantones de los primeros en sacudir el yugo austriaco se aliaron con el Austria sin miedo á injuriar la sombra de Guillermo Tell y á oscurecer los timbres mas brillantes de la patria historia. En vista de tamaña ceguera no podía la revolucion menos que defenderse ni podía Zurich menos que personificar la defensa. Empeñada en tal ministerio la ciudad helvética, ocupó los territorios sometidos para salvar en ellos la libertad religiosa. Un ejército numerosísimo animado de esas ideas nuevas que dan temple á las almas ansiosas de combates y de sacrificios, movióse á defender y salvar la libertad religiosa. En este ejército iba el reformador con su Biblia en una mano y su alabarda en la otra. Nadie tenía en Suiza tanta repugnancia como él á la guerra, pero

vulnerados los principios primordiales del derecho moderno y destruida la libertad de conciencia, se imponía necesariamente el combate.

Brevemente pasó la calamidad del primer combate. Los reaccionarios, no pudiendo sufrir el empuje ni contrastar la superioridad de la gran poblacion que llevaba la bandera revolucionaria, pidieron tregua. A pesar de los triunfos de Zurich, que pudo exterminar á los vencidos, abriéronse las negociaciones y llegóse á un acuerdo. La triste alianza de los cantones reaccionarios con el emperador de Austria quedó rota; la libertad de la predicacion religiosa en los territorios sometidos, quedó indeleblemente escrita. Zuinglio mostró en esta ocasion solemne la variedad de sus aptitudes y la multitud de sus talentos. Hombre de accion al par que hombre de palabra, peleó en las filas de los revolucionarios como un soldado y propuso estratégicos planes como un militar. Mucho le dolió la paz, porque equivalía en el fondo á un armisticio. Treta de los débiles brotaba de una necesidad del momento mas que de una persuasion del alma. La perfidia se ocultaba en los ruegos pacíficos y en las protestas de concordia. Por tanto, resultó una tregua.

En efecto, los cantones católicos se apartaban de la guerra con ánimo de unirse estrechamente en las mismas ideas, amaestrarse en las intrigas diplomáticas y poner á su frente la casa de Austria, formando así un haz formidable depositado en manos de un Emperador invencible. Delante de tamaña unidad, separábanse los revolucionarios en una variedad infinita. De un lado Carlstat hartó intransigente; de otro Melancton hartó conservador; aquí Lutero, término medio entre los dos puntos extremos; allí Zuinglio, demócrata, republicano, federal, conteniendo con las tendencias luteranas por sobrado monárquicas y separándose de los demás reformadores en el dogma sublime de la Cena; por do quier los anabaptistas, los campesinos, los sectarios intransigentes y extremos, todo lo cual daba tantos embates á la revolucion que se temía una verdadera zozobra. El Landgrave de Hesse comprendió la necesidad de union estrecha y la propuso tanto á Zuinglio como á Lutero. A fin de llevarla con facilidad á puerto, citó á los dos reformadores en su castillo de Marburgo. Difícil tal viaje para Zuinglio por la inmensa distancia que debía recorrer, por los territorios enemigos que debía atravesar, por las fuerzas múltiples del Emperador á través de cuyos dominios debía ir, por las